

## RAMAS Y RAICES DE LOS DERECHOS HUMANOS

La herencia del siglo XX es una herencia de guerra y de muerte. También en el Perú. Más de 69 mil muertos según la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en 20 años de violencia absurda que tiñeron de sangre nuestra patria. San Agustín decía que el hombre es un “dios creado”. Pobre dios creado. Ni a Dios hecho hombre lo respetaron. Es más los defensores de la causa de Dios le mataron de manera ignominiosa. Hoy, a los 55 años de la declaración universal de los derechos humanos por parte de la ONU, se cuentan por millones los crucificados de la tierra, los humillados y ofendidos de todos los continentes, los descartables de la tierra por el delito supremo de ser pobres.

Lo sabemos. Una sociedad moderna solo es posible y viable desde la libertad y desde los derechos humanos fundados sobre un estado de Derecho. Una sociedad moderna sólo es posible y viable desde el respeto y la dignidad inviolable de la persona humana: todos los derechos humanos para todos.

Sin embargo, ¿cuál es el tronco de esta carencia? Digámoslo sin ambages: **la pobreza**. Y con la pobreza, todas las pobrezas, todas las ramas. La primera y principal, la falta de educación y cultura. Y con ella todo lo demás: sin vivienda digna, sin trabajo, sin salud, sin alimento, sin agua ni desagüe, sin, sin, sin... Y luego, pobres engendrando pobres. Y ahí están, los nadies, los hijos de nadie, los dueños de nada, los ningunos, los ninguneados, los excluidos de todo, muriendo en vida, viviendo en muerte. Millones. Triste herencia de siglos. Cristos pobres, cristos encadenados, cristos crucificados.

¿Y de dónde la pobreza, en el siglo de ciencia y de la técnica? Es claro: la lógica del capitalismo salvaje, del neoliberalismo globalizado, es la lógica de la **concentración de la riqueza en pocas manos**. Ambición y avaricia sin límites. Insolidaridad. Por ende, desprecio por el otro sin límites. A mayor concentración de riqueza, mayor extensión de la pobreza. Y ahí están los ricos, orondos en sus palacios, fundando bancos, manejando multinacionales, burlando leyes, concentrando oro, saqueando recursos, adoradores de Mammón, el dios dinero. Ajenos al dolor y al sufrimiento del pobre ¿Quién se atreverá a romper esta espiral de muerte, esta lógica macabra?

Si ese es el tronco, ¿cuál será la raíz? Este drama humano, este nudo gordiano, se libra en el corazón del hombre. El eterno dilema humano: **o vivir en la libertad según Dios**, secundando la voz de la conciencia que nos invita a buscar el bien, a elegir el bien, rompiendo cadenas, subyugando el orgullo, derribando ídolos, bajando del burro, entendiendo que la identidad del hombre es el amor con todo lo que ello significa... **o seguir viviendo según el hombre terrenal**, esclavo del orgullo, en las tinieblas del error, en la fascinación de las tres concupiscencias (poder, tener, placer), en la alienación de los bienes efímeros, pervirtiendo el sentido de la existencia humana.

Resumiendo: los dos amores que relatara tan certeramente san Agustín en *La Ciudad de Dios*: dos amores edificaron dos ciudades. Uno, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo. El otro, el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios. El gran misterio de la persona es esa capacidad suya para **decir sí o no a su vocación** ontológica de “dios creado” imagen viva del Creador, según reza el salmo 81,6: “yo dije, todos ustedes son dioses e hijos del Altísimo”.

El triunfo del hombre en la tierra es rendirse a la lógica del amor, del bien, de la paz, de la justicia, de la solidaridad, de la vida plena. La libertad de los hijos de Dios es la obediencia. Mientras no nos entre la cordura, mientras la gracia de Cristo no toque el corazón para dar el salto, para optar por la libertad restaurando en el corazón del hombre el orden del amor, seguiremos hablando eternamente de los derechos humanos, porque eternamente serán violados a lo largo y ancho de la tierra.